

José Jesús Villa Pelayo nació en Caracas el 6 de noviembre de 1962. Licenciado en Letras por la Universidad Central de Venezuela (1987). Desde 1988 ejerce la docencia como profesor Ad honorem e instructor en la Universidad Central de Venezuela (1989-1991); profesor asistente en la Universidad «José María Vargas» (1989-1991); y en la Universidad de la Tercera Edad (1989-1992). Ha publicado **Una hiedra negra para Sashne** (Mención honorífica y primer finalista del Concurso Anual de Poesía de Fundarte en 1988) FUNDARTE, 1990 y en la Antología de poesía **Quaterni Deni, 1991**. Colaborador de revistas como IMAGEN y la Revista Nacional de Cultura, es actualmente uno de los Directores de la editorial **Najda Editores**. En la Universidad «Santa María» de Caracas cursa el último año de la carrera de Derecho.

«Quise citar estas palabras iniciales del ensayo introductorio de su libro, porque en ellas están los elementos que mejor definen la personalidad de José Jesús Villa Pelayo. Pocas veces, en mi largo y muchas veces íntimo trato con poetas y otros escritores de diversos países, tendencias y estilos, he visto como en su caso una tan grande consustanciación de la vida de un ser humano con la poesía. José Jesús Villa Pelayo **vive en poesía**. Para él la poesía es alimento diario, aliento vital, razón de ser. Todo lo demás, **modus vivendi** incluido, es subsidiario del hecho puro y simple, y a la vez tan complejo, de ser poeta. (...)Villa Pelayo es hombre de profundas convicciones religiosas, y la presencia de Dios en su pensamiento marca decisivamente una pauta que se manifiesta primordialmente en lo que escribe».

Alexis Márquez Rodríguez



JOSE JESUS VILLA PELAYO NUEVA YORK

JOSE JESUS VILLA PELAYO

NUEVA YORK



DIRECCION DE CULTURA
UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA
CARACAS/1992

COLECCION LETRAS DE VENEZUELA

103

SERIE POESIA

Diseño de portada: Carlos Fermín Cova

ISBN: 980-00-0606-0

PQ8883
V615N8 Villa Pelayo, José Jesús.
Nueva York / José Jesús Villa Pelayo.-- Caracas; Universidad Central de Venezuela, Dirección de Cultura, 1992.
86 p.; 28 cm. -- (Colección Letras de Venezuela; 103. Serie Poesía).
ISBN: 980-00-0606-0
I. Título
BC 6-07-92

JOSE JESUS VILLA PELAYO

Nueva York

DIRECCION DE CULTURA
UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA
CARACAS / 1992

A Dios a quien amo;
A muchos amigos,
A mis padres, abnegados y sinceros,
A torres de marfil junto a las aves.

PROLOGO

A pesar del vínculo familiar que existe entre nosotros, conocí a José Jesús Villa Pelayo ya hombre hecho y derecho, para decirlo con la precisa y hermosa expresión castellana. Razones diversas, que no vienen al caso, nos habían llevado por caminos distintos. Un buen día se presentó en mi cubículo de la Escuela de Periodismo, en la Universidad Central de Venezuela, en ésa, su habitual actitud que paradójicamente se equilibra entre la timidez y el desparpajo. Hasta donde entonces sabía, estaba estudiando Derecho. Sin embargo, en ese momento me enteré, por él mismo, de que acababa de concluir la carrera de Letras, y quería que yo fuese jurado de su trabajo de licenciatura.

Acepté, por supuesto, entre agradecido y emocionado. La conversación con él aquella vez fue de sorpresa en sorpresa. Había dejado, al menos provisionalmente, los estudios de Derecho, ya bien encaminados. Prefirió seguir los de Letras, y escribía poemas. Su

trabajo de licenciatura era, precisamente, un poemario, precedido de un ensayo sobre la *omnipresencia* de la poesía en el mundo: «La poesía se halla plasmada en todo cuanto nos rodea», comenzaba diciendo. «Es precisamente allí, en cada árbol, roca o edificio donde la poesía deja escuchar sus ecos. La poesía tiene voces que claman, desde los objetos y el mundo, ser evocadas en el papel en blanco. La poesía nace en la profunda sensibilidad del hombre. Donde cada ser crece, crea o muere, la poesía sintetiza formas. Y el mundo de las ideas reproduce la sensibilidad de lo creado».

Quise citar estas palabras iniciales del ensayo introductorio de su libro, porque en ellas están los elementos que mejor definen la personalidad de José Jesús Villa Pelayo. Pocas veces, en mi largo y muchas veces íntimo trato con poetas y otros escritores de diversos países, tendencias y estilos, he visto como en su caso una tan grande consustanciación de la vida de un ser humano con la poesía. José Jesús *vive en poesía.* Para él la poesía es alimento diario, aliento vital, razón de ser. Todo lo demás, *modus vivendi* incluido, es subsidiario del hecho puro y simple, y a la vez tan complejo, de ser poeta.

De ese conocimiento inicial de José Jesús y de su poesía han pasado varios años. Y me sorprende hoy ver cómo sus versos de aquella vez conservan la misma frescura y el mismo encanto de entonces. Sorpresa, digo,

no porque el juicio que de ella me hice en ese momento hubiera estado condicionado por factores afectivos que me llevasen a sobrevalorarla, sino porque lo común es que la poesía inicial –la obra primigenia, en general, más allá de géneros, épocas y estilos–, inevitablemente obra de principiante, esté signada por la inmadurez y el titubeo natural de quien se inicia en un menester, que se disimulan, por no decir que se perdonan, precisamente por ser obra de iniciación. Pero hoy, al releer este ensayo y estos versos de hace más de cinco años, dejados todo ese tiempo –lo confieso– en el olvido, resalta en ellos la misma espléndida madurez que en su momento nos llamó la atención, no sólo a mí, también a los restantes miembros del Jurado, Ely Galíndez y Alejandro Oliveros, si la memoria no me traiciona.

«Nueva York» es el título del libro de José Jesús. El ensayo introductorio, como ya dije, es una reflexión, muy atildada y sagaz, sobre la poesía, sobre su *omnipresencia* en el mundo, y por esa vía, sobre su esencia *panteísta*. Villa Pelayo es hombre de profundas convicciones religiosas, y la presencia de Dios en su pensamiento marca decisivamente una pauta que se manifiesta primordialmente en lo que escribe. Quizás haya sido Dámaso Alonso quien mejor se ha referido a esos espíritus en quienes lo religioso, más que un conjunto de normas que determinan el comportamiento de la gente, es más bien una *manera de ser*, que cuando se es poeta, ineludible-

mente se trasmuta en poesía: «Si la poesía no es religiosa no es poesía», dijo una vez don Dámaso, en un trabajo sobre la obra de Leopoldo Panero. Y en otra ocasión, en el prólogo a un libro de José María Valverde, fue mucho más explícito: «Toda poesía es religiosa. Buscará unas veces a Dios en la Belleza. Llegará a lo mínimo, a las delicias más sutiles, hasta el juego, acaso. Se volverá otras veces, con íntimo desgarrón, hacia el centro humeante del misterio, llegará quizás hasta la blasfemia. No importa. Si trata de reflejar el mundo, imita la creadora actividad. Cuando lo canta con humilde asombro, bendice la mano del Padre. Si se revuelve, iracunda, reconoce la opresión de la poderosa presencia. Si se vierte hacia las grandes incógnitas que fustigan el corazón del hombre, a la gran puerta llama. Así va la poesía de todos los tiempos a la busca de Dios».

No habrá que desmentir a don Dámaso, sino más bien confirmar algo de lo que en ese pasaje plantea, para decir que, además de Dios, en los poetas y en la poesía suele también estar presente algo de demoníaco. Y este libro lo confirma, tanto en su ensayo introductorio, como en sus textos poéticos.

El título de este libro puede inducir a un error. La presencia de Nueva York en sus páginas por supuesto, es notoria. Quien alguna vez haya estado en esa ciudad, especialmente en su centro vital de Manhattan, reconocerá en los versos de Villa Pelayo

muchos elementos, que van desde rincones materiales, calles, esquinas y vericuetos diversos, hasta el paisaje general urbano de la inmensa metrópolis, y aún más allá, al clima moral, a la atmósfera espiritual que envuelve aquellas calles y aquellos edificios de peculiaridad única en el mundo.

Y no obstante, el poeta nunca ha estado en Nueva York. Uno de los enigmas que más me acuciaron cuando leí estos versos por primera vez fue, precisamente, el de cómo este muchacho había podido captar tan fiel y tan auténticamente el *aire* neoyorkino, si nunca ha estado allí. Porque no se trata de una visión artificial, postiza, superficial, como la del turista cotidiano que recorre boquiabierto la *Quinta Avenida*, o se detiene ante el *Empire State*, en la acera de enfrente, pretendiendo contar sus incontables pisos. Esto es otra cosa. Ante versos como los de este libro *(«Jessie Lincoln 18 / New Amsterdam se ha convertido / En la Nueva Babilonia. / Una llamada / Un taxi / Un aparador. / Washington Square»)*, escritos por alguien de quien se sabe que nunca ha estado allí, no hay más remedio que admitir la fuerza poderosa de la poesía __¿deífica?; ¿demoníaca?; ¡mágica!--, que todo lo puede. Dicho sea esto sin ánimo de contradecir al poeta, sino más bien de ratificarlo, cuando afirma que su poemario «Ha sido creado a través del único instrumento capaz de forjar el alma del poeta: la revelación».

Pero no se crea que es sólo Nueva York. Por las páginas de este libro, en la mágica intensidad de sus versos desfilan otros lugares: Praga, París, Cracovia, Lisboa, el Himalaya, Varsovia, Murcia, Samarkanda y mil más. Igual se tropieza uno en estas páginas con figuras como Eliot, Marguerite Yourcenar, Romain Rolland, Hörderlin, Homero, Saint-John Perse, Goethe, John Keats, Rimbaud, Milton, Blake, Baudelaire, Artaud, Saint-Exupéry, Jarry, Rilke, Pound, Poe y muchos, muchísimos más. Prácticamente todos los que forman la familia espiritual de un hombre extremadamente sensible del mundo de hoy.

Alexis Márquez Rodríguez

INTRODUCCION

«The piers are pummelled by the waves»
Wystan Hugh Auden

«Issues from the hand of God, the simple soul»

Thomas Stearns Eliot

I

La poesía se halla plasmada en todo cuanto nos rodea. Es precisamente allí, en cada árbol, roca o edificio donde la poesía deja escuchar sus ecos. La poesía tiene voces que claman, desde los objetos y el mundo, ser evocadas en el papel en blanco. La poesía nace en la profunda sensibilidad del hombre. Donde cada ser crece, cree o muere la poesía sintetiza formas. Y el mundo de las ideas reproduce la sensibilidad de lo creado.

Cuando los objetos del mundo llegan al hombre lo hacen tan sólo como imágenes que cargadas de sentido y musicalidad, llenas de poesía, logran arrancar del espíritu formas y tonos que, más tarde, abrazan las hojas limpias y cristalinas.

Todo intento de la naturaleza por entonar melodías a los hombres se ubicará dentro del ámbito de la poesía. Pero el universo poético no duerme, sencillamente, en el mar o en las aves, duerme aun en el espíritu humano, que, junto a las imágenes que surcan el alma, es capaz de reproducirse y hacerse vivo en el

poema. El poema no es más que el producto del aliento del mundo. El poema surge de la más extraordinaria melodía.

La naturaleza y sus representantes se hallan inmersos en esta melodía, en una música propia, abrazante y diáfana. En los más remotos parajes de las montañas nace la melodía de las nieves o de las hadas, antes profundamente escondida en la tierra.

Cuando Hemigway recuerda el Kilimanjaro, evoca también la música de las nieves perpetuas. En sus poemas, Hesíodo, a través de cítaras mágicas, señala el campo en algún canto extraviado y sin embargo muy cercano a cada hombre. Las frases más hermosas en las que Shakespeare o Chaucer describieran la naturaleza no han hecho más que organizar, en versos de profundo lirismo, las canciones del universo. La naturaleza canta.[2] Y el hombre entona melodías que el poeta siembra y recoge. Pero la tarea de la recolección no es sencilla. El poeta ha de tomar del ámbito circundante música que echar en graneros.[3]

En su poema a Vanini[4], verbigracia, Hörderlin nos entrega un sublime trigo musical y canta a un hombre extraviado en la leyenda. Cuando Milton describe los ángeles del cielo[5] arpas y liras dejan vibrar sus cuerdas y llenan el oído del lector. Incluso en la poesía que podríamos llamar, con justicia, de vanguardia, se halla esta música, música in abstractum perteneciente a la poesía. Y aun cuando mucha de la más notable poesía de vanguardia –me refiero a la vanguardia nacida durante los

primeros años del siglo– no resulta de hecho, musical, lo musical, de forma genérica, continúa signando el hecho y el oficio poético. Recuerdo algunos versos de Worsdworth dirigidos a la naturaleza. Entendía que su razón principal era describir ciertos «actos» suscritos en las melodías. Los salmos de David o Moisés[6], por ejemplo, retienen frutos musicales imperecederos y únicos. La música se halla allí: en las flores grises de campos sin color, en el ruiseñor chino de Jorge Luis Borges o en las aves del Génesis.

En *Troilo y Criseida* Chaucer canta una historia hendida en el amor y el sentimiento. Shakespeare hace igual en *The tragedy of Romeo and Juliet (La tragedia de Romeo y Julieta):*

«¡Ah! Juliet, if the measure of thy joy
Be heap'd like mine, and that thy skill be more
To blazon it, then sweeten with thy breath
This neighbour air, and let rich music's tongue
Unfold the imagined happiness that both
Receive in either by this dear encounter»[7]

No es tan sólo música, sin embargo, lo que la poesía ha tomado de la naturaleza, de la sociedad o del hombre; ha tomado, además, temas, contenidos particularmente determinados, escenas hiladas en finas hebras y matices puros.

Hörderlin, en el poema «Empedokles» recuerda la vida del filósofo griego. En alguno de sus poemas Catulo remembra a Lesbia:[8] la hace surgir de la naturaleza y crea entonces

argumentos repletos de musicalidad. Ocurre otro tanto en «An Island in the moon»[9] («Una isla en la luna») de William Blake.

En «Blood and the Moon» («La sangre y la luna») de William Butler Yeats hallamos la oración de Mitchel. Recuerdo ahora algunos versos de Yeats:

«John Synge, I, and Augusta Gregory thought
All that we did,all that we said or sang
Must come from contact with the soil».[10]

El mundo de la naturaleza está henchido de contenidos e historias. La tradición, las leyendas o las historias míticas no han hecho más que cargar de sentido la poesía. Homero, en *La Ilíada*, recoge en vasijas hermosas una historia antigua pero llena de significado. En *La canción de Rolando* el poeta estimula la imaginación del lector a través de la gesta medioeval. Creo hallar en la poesía un mundo de leyendas. Las leyendas son poesías que no mueren; nacen cada día y juglares, llenos de entusiasmo, las transmiten, recordando, evocando formas, como diría Maurice Blanchot. La poesía se carga de imágenes en la naturaleza; imágenes que viajan acompañadas por instrumentos musicales en el viento. En los ríos más hermosos, en las más recónditas montañas, las apariencias de las cosas, como diría Platón, viven y se transforman. Cada objeto y sus circunstancias se hallan llenos de imágenes.

Cuando Saint-John Perse describe «lo negro» de las zarzas, cuando nombra las zarzas negras, inmediatamente, la apariencia de las hojas y un arbusto escondido en la imaginación o en el Sinaí llega hasta nosotros.

II

«¿Quién llama al individuo al rito universal, en donde pulsa espléndidos acordes? ¿Quién hace que el huracán de las pasiones se enfurezca? ¿Y que los rojos celajes vespertinos ardan con un sentido grave? ¿Quién siembra esas galanas flores primaverales sobre el sendero de la amada? ¿Quién entreteje las insignificantes verdes hojas en corona de honor para galardonar toda clase de méritos? ¿Quién afianza el Olimpo y congrega a los dioses? Pues la fuerza del hombre, patente en el poeta».[11]

En una carta a Schiller (9 de diciembre de 1797), Goethe afirma que el poeta sólo puede laborar en soledad.[12] Y es allí, en la soledad, pero muy junto a las estrellas y el firmamento, que el poeta puede labrar y hacer surcos.

El poeta necesita la revelación. Y la revelación no viene tan sólo de Dios, proviene aun del espíritu del poeta. Entonces nace la poesía. Cuando Blake escribe *Cantos de Inocencia*[13] asume el papel del escucha, de quien duerme en una habitación iluminada por la voz de Dios. La voz de Dios, como observa Hermann Hesse, no viene del Sinaí, viene de *La Biblia*.

El poeta es el gran escucha de las voces inéditas y extraordinarias que circundan el universo.

Wilhelm Stekel en *Los sueños de los poetas* afirma que el origen profundo de la poesía se halla en los sueños. Me pregunto ¿a qué sueños se referiría Stekel?

Los sueños se encuentran latiendo profun-

damente en el espíritu humano. La fuente inagotable de la poesía yace ahí, en la revelación. El Espíritu y la voz de Dios dictan sus ecos, vibraciones que las brisas y las hojas hacen llegar al pensamiento. El espíritu del hombre emite cantos que, percibidos por el poeta, celebran fiestas apolíneas, danzando alrededor de templos creados por Dios y soñados por los hombres. En la revelación, pues, encuentro la armonía de la palabra poética. En la inspiración, la vía hacia el poema.

En *The Ghots of Abel (El alma de Abel)* Blake afirma la revelación del poema en una frase inicial:

«A revelation in the vision of Jehovah».[14]

Toda poesía, de alguna manera, ha sido revelada. Algunos de los versos de Eliot en *Four Quartets (Cuatro Cuartetos)*, según observo, lo demuestra:

«Time present and time past
Are both perhaps present in time future,
And time future contained in time past.
If all time is eternally present,
All time is unredeemable».[15]

La poesía se nutre de imágenes; vive de ellas, las encuentra en el universo, regadas, dispuestas a ser tomadas, a ser extraídas de su contexto natural y a ser enfrentadas en la obra misma que es el poema. Wordsworth en «Milton, thou shouldst be living» toma imágenes que recorren la vida de Milton, la muestra, la transcribe. La poesía, cargada de imágenes, de formas exteriores e interiores, surca la naturaleza y nace en ella. La poesía se encuentra

encarnada en cada símbolo. El poeta toma las formas, imágenes e ideas del mundo exterior y las de su propio mundo interno y las siembra en el papel. La cosecha es el poema.

¿Dónde se hallan las imágenes? En cada objeto, ser o circunstancia, en el poema de Finnsburh o en el rostro de Macbeth.

Según Goethe toda poesía es poesía de circunstancia.

III

El producto final de los cantos –recogidos o entregados por la revelación– ha de ser el poema. Este es el fruto que ha de tomar el poeta después de la siembra. Y se celebra. Todo canto que ha nacido ha de producir una fiesta. La fiesta del poeta es apolínea. El poeta emite coros, voces que alegran los espacios en blanco. Cuando culmina la celebración ya el fruto ha nacido.

Recuerdo las celebraciones judías: la Fiesta de las Semanas,[16] precisamente, honraba el nacimiento de las primicias de la naturaleza. El poema, primicia de la naturaleza, emana su propia celebración, cuando culmina ha de festejarse en muchos hogares, tierras y mentes.

La poesía, como escribió John Keats, tiene alas invisibles. Alas capaces de llevarnos hacia bosques iluminados y hallar en ellos todo el alimento del poema. El poema es el resultado del amor puro y noble hacia la creación; como parte de ella, he aprendido a viajar en las alegóricas alas de la poesía.

El poema, como el otoño de Keats, ha llegado desde muy lejos; nace y más tarde se hace vivo y eficaz; después quizás alcance a viajar hacia las manos del lector de sueños.

He encontrado en el poema una obra, un fruto que la naturaleza nos otorga, el melodioso producto de la revelación.

IV

La poesía, según Saint-John Perse, es ante todo un modo de vida y de vida integral.

El poeta adorna, en líneas sutiles, los símbolos del universo. En su mente ha de tomar el vino de Dios, la purpúrea esencia de Dios, pues él es quien escribe figuras en los lagares. El hombre, enraizado en ellas, las toma, las plasma, las describe y las hace suyas.

Los símbolos que frecuentan el mundo han de ser echados en fraguas. Ya dentro, el poeta los alcanzará y hará de ellos instrumentos útiles y aptos para la creación.

Es muy cierto que en cada ser hay un símbolo. Las aves a las que Keats o Blake cantaran, representan símbolos que el poeta ha escogido, riendo muchas veces o entendiendo el universo como el lugar más importante donde nacer.

El amor hacia los símbolos, como expresara Saint-John Perse, y el poeta se han unido.

Rimbaud escribía:

«Pero el amor infinito ascenderá entonces por mi alma /

y lo mismo que un nómada me alejaré,

me / alejaré / En medio de la naturaleza, / dichoso

como una mujer».[17]

Cada símbolo que tañe alguna campanada en la naturaleza ha tomado de Dios su significado. Cada hombre que escucha liras romper las brisas ha de entender quién hace sonar aquellos ruidos.

En la voz de Dios cada símbolo encuentra su eco. El poeta, creador de símbolos y lugares, e intérprete de ellos, los aprisiona en el fruto que ha cosechado.

V

He intentado observar en *Nueva York* los símbolos que circundan el universo y que se hallan en la mente de Dios. Todo cuanto hay en este poemario proviene del noble espíritu de la revelación (los símbolos son ejes de cualquier misterio).

Cuando un poema se encuentra nutrido de símbolos, nace en un lagar de vid cristalina. Los símbolos han dado a los poetas la virtud de soñarse a sí mismos a través de cristales. *Nueva York* es un gran cristal con un sinnúmero de imágenes: ciudades, fechas, nombres, hombres conocidos o no rebozan estas páginas. Los símbolos lo recorren. Las expresiones sencillas hacen vivir un mundo con tonos irreales. Las imágenes, varias, surcan sus primicias en la naturaleza.

Nueva York es el poemario de las expresiones, imágenes y símbolos. Ha sido creado a

través del único instrumento capaz de forjar el alma del poeta: la revelación. Hay voces, cantos, frases comunes, versolibrismo, tonos melódicos y cadencias singulares.

Nueva York ha nacido de muchas lecturas, que, como es sabido, nutren la imaginación del poeta. Me he servido de los poetas líricos ingleses: Milton, Donne, Wordsworth, Keats, Blake, Browning y de muchos otros; del simbolismo francés en Rimbaud, Baudelaire y Schwob. He leído a Artaud y a Antoine de Saint-Exupéry, a quien he amado. En Saint-John Perse y Alfred Jarry he encontrado amigos. Herder, Hörderlin, George, Hugo von Hoffmanthal y Rilke se hallan aquí. Ezra Pound, T.S. Eliot y Poe sembraron sus semillas en estas páginas. He omitido, sin embargo, a muchos escritores; pero he amado y estudiado, con singular detenimiento, a los escritores bíblicos, a quienes debo giros poéticos, estilo, formas y tonalidad.

NUEVA YORK

A Karen Blixen

NUEVA YORK

Jessie Lincoln 18.
New Amsterdam se ha convertido
En la Nueva Babilonia.
Una llamada / Un Taxi / Un Aparador.
Washington Square.
Infinitas miradas corren por Flatbush.
Jessie Lincoln 18.
La sexta avenida y la calle 14.
Entre cinco boroughs se divide su
    inmensidad.
MANHATTAN: Dos Passos.
BRONX: Negros.
QUEENS: Long Island.
RICHMOND: Flutter.
«Ve'd Danced the Vhole Night Throug»
Jessie Lincoln 18.
Central Park / Ciudad en ruinas /
    Misterioso paraje /
Broadway / muertes / Ventanillas / Times.
Allí murió Jessie Lincoln,
Antes que el poeta de Chicago le diera la luz,
Como han muerto todos,
O casi todos,
Menos los de New Sky.
Jessie Lincoln 18.

MEIN GOTT

Hörderlin escribió: «Licht der liebe!
scheinest du denn auch Toten,
du goldnes!»
Abul Hasan Sumnun: «Lentamente tu amor
/ se ha deslizado e invadido / todas
las partes de mi cuerpo»
San Juan: «Quien no ama no ha conocido a
Dios, porque Dios es amor»
Yo: No tengo palabras, sólo tu amor

Mein Gott

Borisoglebsk

Anne Marie

Te gustan los vergeles;
te gusta amar El Sol y La Luna.
Eres como tu sombra: muy clara.
Conoces el sufrimiento y su verdad.
Te duele tanto el anochecer
como la sombra de la noche.
Tú dices y crees, porque eres sutil y perfecta.

Eso te gusta.
Jamás conocí a alguien así.
Te deleitan los cantos de las palomas
y sus alegres vuelos por las plazas.
Eres como una de ellas, ágil y sigilosa.
Tu mirada contempla las miradas
porque es más fácil que mirar las horas.
La luz te alumbra
y tú a ella la admiras.

Cracovia, 1965

Lisboa 1935

Marguerite
    No escribas más
        Sumérgete en días de ensueño
            y llora
                como un Ave
                    que se ha perdido

Praga... 1875

Escucho su voz en Praga;
parece alemán, francés o belga.
Allí rechinan sus poemas.
Quizás en aquel rosal se escuchen mejor.
Canta a Berceuse
y a la noche de verano en la ciudad.
Ahora escucho: «La tarde se hace más gris /
    y la noche es ya esa gasa /
    que rodea a los faroles...»
Se mueve una puerta
y los grillos encabezan el desfile.
Eres joven y viejo al mismo tiempo.
No hay tiempo para escribir un solo verso:
«Ich weiss ein wort / un hör es fort...»
Este canto me atrae más.
Se asemeja a la voz de Austria
antes de la guerra.
Ahora Ana estará contenta.

Wroclaw una tarde

Las baladas cantan. Los poetas sueñan.
A ti, te conocí ¿en Abril?
Quizá en Mayo,
cuando las flores eran más bellas.
Recuerdo aquel poema:
«Esta noche mi corazón /
los ángeles / hacen cantar /
aquellos que se acuerdan»

(Rilke, 1923)
¿Te acuerdas?
Subías por aquella cuesta.
Era una ciudad, un pueblo.
«Mi vida era tan alegre como la tuya
cuando subías por las colinas»
¿Recuerdas Zlín y Brno?
No hay lugares como éstos.
Enmudeces con la brisa;
sonríes con la mañana fresca.
Te vi aquella tarde de Wroclaw
y los trenes me parecieron graves y distantes.
¿Por qué huyes de mí
como de un pájaro oscuro?
Obsérvame y hazme reír.

Andhara Pradesh

El príncipe Andhara se encontró durmiendo
sobre el Nanda-Parbat.
Recordó una canción.
La música de Aurobindo Sri
retumbó en sus oídos.
No le gustó Jayadeva ni Kagawa Toyohikó.
Llegó un Brahman.
Wijk llegó primero.
Narró los milagros de un gran hombre.
Andhara vio hacia el Himalaya.
Tagore entonó una melodía triste.
Pareció vivir el lienzo de Rouault.
Sisinaga murió. Los Kchatayas le vieron.
El príncipe Andhara dijo: «Sí».
Entonces, para él se acabó el Ramayana
y el Bhagavadgita.
El Mar de Tiberias, Jerusalén y el Jordán
llenaron su corazón.
La voz del profeta latió dulcemente en su
pecho.
Creyó conocer a Abraham
y a Isaac su hijo.
Los Kchatayas se alejaron.
El Brahman huyó.
El príncipe andhara no estaba solo:
Vivía en él una nueva palabra.

Amal Parmi

YON KIPPUR

Marie me refirió esta historia:
«Era el mes de Nisán, día 19.
El Templo se abría.
(Uno de los pórticos le permitía la entrada)
Era un joven judío.
¿Su edad? ¡Qué importa!
Se celebraba el Yon Kippur,
como los franceses celebran el 14 de julio
y la toma de la Bastilla...»
Marie se detuvo, respiró.
Luego prosiguió:
«Era el día del sacrificio,
la fiesta de la Pascua (Panes sin levadura)
Era el día de la libertad.

El joven encontró el altar del holocausto.
Observaba los candelabros de oro.
(Un velo cubría la entrada
a la habitación próxima)»
Marie hizo otra pausa.
Narró un hecho incircunstancial:
«Las bases del Templo se echaban el 24 de
Chisleau»

Yo no entendía.
«El 21 de Nisán –año neotestamentario–
los pilares del Templo se reconstruían.
El cordero se sacrificaba –día 19»
Regresó a la historia:
«El joven, con máxima seguridad,
entró al lugar santísimo.

(El velo se rasgaba)Era el mes del Yon Kippur»
Marie terminó diciendo:
«El joven estuvo todo el día
junto al Arca de la Alianza.
El Cordero había muerto.
Yon Kippur nacía el 19 de Nisán.
El Calvario moría ese mismo día...»

Haley, Idaho... 1900

Nació sin barbas y sin ideas,
tan viejo como ahora, más viejo aún.
Ahora canta a otros motivos
como las zorras de la noche,
los círculos oscuros y las tumbas gélidas.
Se acabaron sus poemas.
Murió la Tumba de Akr Caar
y Europa, con su Roma antigua
dejó de existir.
Dejó de escucharse: «Tumente y tú son
nuestro Mar de Sargazos...».
El río Salmon es más frío
y Idaho Falls está más cerca del Snake.
Long Island perdió su ruido
y Hunttington hoy celebra un día más de
vida.

Marie, Marie...

1962

No me gustan Les fleurs du mal;
me parecen agrias, amargas y trágicas.
Me recuerdan una historia triste:
«Baudelaire y las llamas»
El fuego lo consumirá todo.
Me desagradaban esas palabras:
«Je suis la plaie et le couteau, /
Je suis le soufflett et la joue»
No me gusta Un saison en Enfer,
aun cuando muchos la deseen
y por fin la obtengan.
Me parece aún más triste
la historia del enfant-poète
y las horas de Rimbaud en el infierno.
(Jemseits von Gut und Böse
se hace más lejano y sórdido
y su escritor más altivo y tonto)
El amargo sabor de las uvas
crece en labios disidentes.
Me parece que Marie lo comprenderá
y no seguirá los pasos de Jean Duval.

1966

CANTO V

Marie, Marie... 1962

Marie, te gusta cantar de día
porque la luz se parece a ti.
Te gustan las flores dulces
porque el agrio sabor de las uvas
        ya no se aprecia.
Te gustan las regiones altas
porque allí naciste.
No te importa lo que digan otros
mientras confías en tus palabras.
«Marie:
prefería conocerte en el 62
cuando nacía un niño rico»
Los cantos de los sarmientos
se han elevado hasta el cielo.
En realidad, soy uno de ellos.
¿Te gusta eso?
Eres útil y hermoso siendo un sarmiento.
Los tallos y las raíces secas han muerto.
¿Recuerdas? Hay hachas en el campo.
«Labras en caminos ásperos
donde no hay surcos»
Andas sobre el mar,
caminas sobre las olas.
«Marie:
¿Te conocí o te conozco este día?
¿1962?»
Los niños ya no lloran:
sollozan y ríen.

A long way

Muchos dicen como el poeta portugués:
«Soy un espíritu en la tiniebla /
La noche me atrae y me lleva»
El camino es más extenso
y se hace más extenso
cuando lo recorro de día.
No obstante,
me parece mejor andarlo.
Hay otra ruta,
más al sur, junto a Winding road.
¿Te atraería jugar por allí?
Ese camino es más corto:
¿sabes a dónde conduce?
A winding road.
Tus palabras son mejores
–llevan a prosperous road–.
El profeta dijo:
«Soy un espíritu en la tiniebla;
en el sol viviré mejor».

Andreas, 1965

A Gerard Manley Hopkins

BRISA

Me gusta tanto el calor de esta brisa;
me llena de tanta dulzura.
Creo ver en ella
el roce de los vientos del norte
y la mirada sigilosa de los pinos.
La recuerdo cuando hace frío;
la busco, desesperado, cuando estoy solo.
Y no deseo perderla nunca entre otras
brisas.
Me parece que el Mar del Norte tiene sus
brisas,
que las montañas de Banff
atraen el silencio de los ríos
y que el Paso del Arco
se extiende hasta el Tupungato.
Pero mi cálida brisa la observo tranquila
más allá de los Andes, antes del Dome
y muy cerca de las estrellas.
Me gusta acariciar sus manos
como rozar mis dedos con el agua tibia.
Me atrae la encantadora risa
de sus labios inocentes.
Me atrevo a lamentar la pérdida de su voz
cuando los ríos se secan
y el Potomac se enfría.
Y aun cuando el Potosí
me abrazara hasta el cielo,
continuaría deseando asirme a sus parajes,
como a los Allenghanys el viajero perdido.
Me parece tan sutil el arrullo de sus olas
y tan clara la lejanía de sus fuentes,
que estaría tranquilo

aun cuando el aire desapareciese,
la nieve siguiese cayendo
y los desiertos aumentando.

AIREFRESCO

Detrás de aquellas sombras
se esconde la mirada alegre de las palomas,
tan retraídas del llano
como de las virulentas aguas del río.
Detrás del horizonte oscuro
que las sombras cubren,
se encuentran tapizadas de brisas frescas
las calles iluminadas de Ariza,
como el lugar más distante
que los pensamientos hallen.
Así es el color de las casas de la ciudad,
más allá de las brisas,
más allá de las risas.

EL FARO

Colinas arriba se encuentra esta vista,
la más cercana al firmamento
que haya podido apreciar.
Está más allá de las montañas,
varada muy cerca de fuentes virginales.
Después de cruzar ríos y selvas
llego hasta el Faro.
Lo encuentro y lo observo.
Presiento su encantador lamento
y lloro.
Luego río, cuando comprendo que se goza
cada vez que lo miro.
Entiendo que las aves lo circundan.
Sé que es el lugar más importante
que haya visitado.
Mis lágrimas se convierten en plácido alivio.
¿Cómo es él? Jamás lo diré,
aun cuando deba hacerlo
y las luces de sus ojos me lo exijan.

POLONIA

Un nocturno sigue a la voz de Polonia,
porque ahora muere arrullada entre dos
cantos,
uno antiguo y otro reciente.
Entre Warszawa y Prusków ya no hay
caminos,
pues las camisas verdes y las banderas rojas
andan por sus avenidas.
El Führer dejó de existir
y con él los ghettos;
pero aún Polonia continúa en cadenas.
En Bielsko-Biala ya no caen las hojas.
Se han mudado de sitio.
Las Mazurkas resuenan en Zelozowa-wola
y Chopin las entona,
como se entona al Bogurodzica
en las altas montañas.
Mickiewicz nació después de la primera
derrota,
cuando Sophiówka se había escrito.
Un nocturno sigue a la voz de Polonia,
porque ahora muere arrullada entre dos
cantos,
uno antiguo y otro reciente.

A Romain Rolland

Frágiles dedos

Si vivieras donde estoy navegarías hacia mí.
Estoy en la India o en Indochina, esperando,
sentada y tomando en mi mano una pluma.
Espero escribirte pronto, sin frágiles dedos
y asustada.
Estoy allí, donde los gansos y las luciérnagas
se visten de blanco.
Entre las zarzas negras, como diría
Saint-John Perse.
Y te amo. Y dejo que seas tú quien llegue
hasta mí.
Por suerte, el verano pasado, recostada en el
muro de piedras rojas,
pensé ir hasta el destierro, donde te hallas.
Y las cárceles parecieron grises y las
mazmorras verdes.
Por ti sé que soy libre. Por el canto de las aves
entiendo que el verano llegará. Y sé, sé
profundamente
que ir a la guerra jamás dejará en ti una huella.
La mirada de un cóndor senil
se ha derramado en miles
de miradas pequeñas.
Yo iré hasta allí,
con mis frágiles dedos, hasta el destierro.

Marie, 1965

Noir *A Marguerite Yourcenar*

«Querida tía abuela,
los ojos negros de Marguerite siempre
fueron grises.
Estoy contenta.
Mi matrimonio con Hervé Bazin ha palidecido.
Sin embargo, hoy toco la puerta de Bazin
esperando hallarte.
Perdona si río,
pero mis ojos ya no son verdes como los de
Hervé.
Lo amo aún.
Sé que la muerte se ha acercado
y estoy segura que veré las alas muertas de
Roger Nimier
en el teatro de Madame Florence.
Estoy triste.
Si pensaras cómo he extrañado tus manos,
hoy me amarías un poco más.
Si supieses.
André ya no está entre nosotros.
Viajó a Murcia
y dejó sus ojos dentro del Augeau.

Si comprendieses mi andar por la calle
de Saint-Paul-Hervé,
preferirías no regresar, pero regresas.
Te siento junto a mí cada día
y no te veo.
Querida tía abuela,
si puedes, regresa a la mansión de Murcia
y hallarás a André recostado en el diván.

Si mueres antes,
te avisaré la llegada del tren de Arlés.
No mientras jamás.
Te recordaré cuando llueva»

Te ama,
Marie Bazin, 1963

KAREN

«Presiento, querida Karen, esa extraña soledad
que vaga por el mundo.
Quisiera verte y sentirte llorar junto a mí.
Querida Karen, las hojas del otoño están
cercanas
y las casas de las granjas negras se hallan
solitarias.
Sé que soñarías con observar aquel horizonte
que se oculta frente al mar y reír,
y si estuvieses en Madrid, con mirar el faro
y las estaciones.
Sé que vivirás allí, en la granja de cercas
negras.
Y sé que tu bicicleta se extraviará
entre un sinnúmero de finas hebras de plata
Conozco el brillo de tu arete.
Madame Anouilh y aquella amiga, Marion,
querida Karen,
se han olvidado de las andanzas por
Minnesota.
Si pudieses volar hacia donde saltan los
grillos,
amiga, yo y tus brisas viajaríamos hacia el Sur
en busca de pastos amarillos.
Sin embargo, querida Karen, te recordaré
por siempre,

sentada en la baldosa roja de la granja,
junto al departamento de Madame Anouilh,
siguiendo aquella hacia los grillos».

John, 1965

NICOLE

«Extraña Nicole, llegué a Florencia
y los Finzi Contini me parecieron graves
e inconsecuentes.
Precisamente allí,
junto a la estación de caracoles verdes,
pensé huir hacia el norte, donde, Nicole,
los hijos de las gracias italianas
ya no sienten miedo.
Tu retrato, que ayer ya no veía,
se enredaba entre finas hebras griegas.
Porque en Turín ya no hay colinas,
y las fogatas, que más adelante vi,
creía se habían apagado.
Y las sombras del mar, Nicole,
me enseñaron aquel rito
que tus abuelos olvidaron.
En medio de zarzas, el orfebre encontró
los rastros de tus huellas.
No sé si te hallabas allí,
pero, Nicole,
sin aldeas y sin tierras
tus labios azules se quebrarían
gracias a la piedad y los días»

André, 1965

Kamal

Intento verte Kamal. Intento ir hasta ti.
Espero hallar aquellas puertas abiertas.
Seré tu ama y tu segunda esposa.
Seré para ti como las auras.
Llegarás a amarme
y brindar sobre mi tumba.
Nunca llegarás a conocer mi nombre.
Detendré las hojas del viento donde naces.
Kabul no es mi tierra.
Nací cerca del Neguev, donde crecían
los pinos y las palmas del Líbano.
Sin los arcos no habrá esfinges.
Sin ti, Kamal, ya no habrá templos que
construir.
Estaré allí, donde hay budas, donde crecen
cedros,
y vendrá la noche, ciega,
y guiará duendes hacia tu casa.
Kamal no resistirá la mirada de las aves.
Llegarás hasta Kabul
y regresarás hacia los pinos.
Nunca te amaré.
Y mi primera hija la ofreceré a la luna,
donde Kamal nació
y florecen hojas rojas y zarzas verdes.

Japura, 1965

PO

La llanura del Po te ha abrazado.
No sigues allí.
Permitirás a las olas brindar sobre el mar
y rodear de ondas y velas tu cuerpo.
Quiero ir hasta ti.
Deseo hallar en aquellas olas tus reflejos.
El faro ha adormecido.
Las hojas que el otoño conoció
se han acercado hasta el Po.
Brindo por Hazan.
Las brujas y el fuego ya no rezan
sobre el tao de Min-Kao-Lin.
Te llamaré hasta la montaña azul
y reinarás sobre una tierra repleta de
espantos y budas grises.
Ya no hay oro en Turán.
Nunca vendrás a mí.
Conocerá mi rostro en la esfinge de Mare
y sabrás quién soy.
Te importará el Po.
Llorarás sobre tao, y mis hijos,
Yao Lin, jamás te observarán en el jardín
haciendo crecer flores amarillas.

A Vachel Lindsay

BAUM

El Duque de Adälein
decidió contraer nupcias
con la pequeña Elsa Baum.
El castillo se hallaba en ruinas.
A Elsa Baum le agradaban los caracoles verdes
y aquel agrio sabor de un lago negro.
El Duque ya no vivía en Fläinsbeld,
vivía en Samarkanda.
El castillo lloraba en el prado,
los caracoles negros en el Templo,
en el Atrio.

1966

EDIMBURGO

Andas por Edimburgo
como un sol por una pradera gris.
Andas por Glasgow
como un firmamento sobre un cabello gris.
Andas por el Nevis
como una paloma por un andamio
en Chenonceaux o en París.
Andas por las horas
como André-Martín Ibet en un valle sin color.

1966

BAIN

Cantabas con James Farrel
cuando perdía uno de sus dedos en Nagasaki.
Eres como la flor del Japón,
como un vado en el Takasaki.
Te parecías a Michel Durrel,
danzando en las riberas del Zimizu.
Ya no vives en Sofu Gan.
El Pacífico ha palidecido para ti.
Eres como la huella en la vereda gris,
un canto dulce a Farrel
cuando creía tener dedos.

Kioto, 1965

A Rudyard Kipling

KITING

He leído a Vachel Lindsay
y las praderas grises se han acercado hasta ti.
No sabía quién eras,
pero entendía aquel verso de Vachel:
«La vida es el aliento tempestuoso /
que sopla como un viento hacia el oeste»
Entonces China, que danzaba entre los
brazos del campesino amarillo,
entonó aquella melodía de 1962:
«El Ruiseñor chino y las Aves negras»
Quise alcanzar aquel templo en Bihar
y los alces amarillos del río Kiting
saltaron entre las hojas de Kiuchuang.
Deseaba regresar a las cercas rojas del río
Leed.
Maryport, que nunca entendió tu risa,
según entiendo,
lloró y brindó en las calles de Hull.
Habías nacido en Bombay
y pensabas en el Kilimanjaro.
Entretanto, lograrás llorar
entre ramas y pinos azules
en la casa del viejo Alí-Ib-Ibrahim.
Nunca olvides aquel verso:
«Las calles verdes son de oro /
El Templo de Riab yace muerto»

1966

MARFIL

Recuerdo aquellas palabras de Wordsworth:
«En las islas perdidas de América
ya no hay sueños irrealizables»

Entendí que los pequeños grillos del Sinaí,
cuando rezan al viento,
giran y lloran entre hojas amarillas.
Quise regresar al valle de Amed-Alí-Hazim
y soñar.

Tus huellas en Aquisgrán,
según entiendo,
llenaron de lágrimas el pequeño rostro de
Arnold Harold Childe.

En Escocia, amigo Byron,
el marfil y las torres de la India
descansan sobre losas verdes y tumbas
amarillas.
Seguí hacia el destierro,
donde nació el poeta sin nombre,
y hallé, entre budas grises,
el templo y las ruinas de la canción de Fingal.

1966

ARETE

Cuando viajaba por Indonesia,
recordaba aquellas palabras de André Lafón:
«El viento que recorre la India
ha llenado de relatos el templo de Karsham»
Te he llamado bajo las sombras
y aquel búho, en la ciénaga,
ha creído en mis palabras.
No entiendo si vendrás.
André Lafón, aquel viejo amigo de París,
soñó amar los cedros del Indostán
y regresar a la tierra de las hadas.
Encontré, en las veredas azules de la India,
un manto gris y una zanja cristalina
donde dormir hasta el amanecer.
El arete y el templo en Karsham han
enrojecido.
Y he tomado en mis manos tus sueños
y la frágil mirada de aquel manto.
«El cristal de Karshish, según recuerdo,
querido Robert Browning, ha vibrado en el
otoño»

1966

ZAHIR

Conozco aquellos ruidos en la habitación.
Crecían, por entonces, algas grises en las
montañas de Banff.
Nunca entendí quién reía en la habitación de
Calcuta.
Los jardines de Pakistán, Rudyard,
han creído amar las hojas del templo.
En el mar, según el cristal de Sikkim,
danzan las gaviotas
y las algas verdes
que se enredan entre cabellos azules
y sirenas holandesas.
Entiendo que regresarás a Liverpool
y que el río Mersey te abrazará.
«En las calles de Cachemira
te he visto alzar el Libro de Viajes».
Pensabas en la estación incolora
que el príncipe de Nepal construyó.
Y he creído danzar junto al Tíber,
soñando con sandalias rojas y budas dorados.
En 1966, según entiendo, regresaré a Estambul,
donde los versos de Zahir-A Dine
lloran sobre la tumba de Alí-Makkí.

1966

A James Joyce

AZULES

Ida de ojos azules
Mariposas de la avenida
Tus flores de Zarzal
Tu palmoteo en el Wash
El abedul
La música de Brahms
La luz de tu fósforo
La estrella que te mira

Bath, 1965

ESTRELLA

La cerilla de tus ojos
El manto azul de tu pelo
El frío del cristal
La calle de Navidad
La chimenea de hierro
La iglesia de Liverpool
Los adornos de tu cuello

Liverpool, 1965

BAHIA

Aquellas piedras de Dormunt
El mundo de Mendelsohn
El valle de Sarre
Y tus sonetos sobre la carabina
Tienen el tinte de Langenland
Un susurro del viento
Y mis pasos por las calles de Saint-Astier

Neuchatel, 1965

ENERO

Janusz está en la nieve
Juega con el sol detrás de la rama
Un búho está cerca
Un azul de comarca
Se cuela entre zapatos grises
Janusz está en la nieve
El joven Klaus está a su lado

1966

DORADO

El pequeño soldado junto al Emperador
El bufón que sale de la escalera
La bailarina danzando a tu lado
Los brazos de mi papel
El matiz del plomo viejo
Mi fusil
Tu espada ardiente
El ruido del caracol
El Emperador que vence

Chenonceaux, 1965

ESE GUISANTE

Ese guisante de Einbeck
Escondido detrás de tu rostro
Dormido bajo una sábana incolora
Me atrae

Ese faro junto a Kunzelsau
Que vio caer una hoja
Silencioso
Me conmueve

¿Por qué navegas sin astrolabio hacia el Sur?
Ese guisante de Einbeck
Anda por la cerca de madera vieja

Einbeck, 1965

BAYONETA

Camino por Hameln
Y me parece escuchar
El chirrido de tambores y flautas

Ese príncipe
Scwanzenberg
El camino hacia Berlín
La muralla del Sur
Y el ruido de un sarmiento
Herido por bayonetas
Han llorado en la vereda gris

Las hojas en la plazoleta
Las ruinas de un pájaro caído

Berlín, 1965

A Gilbert Keith Chesterton

THOU GOD

«Thou mastering me God! giver of breath
and bread»
No recuerdo más.
Aquellos días tristes en la casa de Bath,
según creo, llenaron el alma de las gaviotas
en la playa.

La muerte se acercaba.
Pocos, a decir verdad,
conocían la infatigable tarea del alcatraz.
Cuando las rocas observaban las olas,
yo recordaba la nostálgica historia
de Anna de Noailles.
Las vírgenes de los ríos
deseaban hallar en el valle
a Wystan Hugh Auden.
El Rubaiyat, el templo y la luna
se acercaron hasta Bath.
No entendía quién rezaba en Ib-razim.
Las aves de Dios amaban la dulce mirada de
los cisnes.
Los cirios grises jamás te recordarán.
Thou mastering me God! lloraba Karshish.
Thou msterind me God! lloraba Hugh Auden
en la playa.

RUISEÑOR NEGRO

Cuando entendí que John Milton reía,
tomé, entre los caballos,
aquellas prendas de fiesta
que el poeta amaba.
No entendía la mirada del ave,
repleta de ramas doradas.
Edén, donde nacía el ruiseñor negro,
recordaba la voz de Milton.
Procuré escuchar entonces
los gritos del pequeño pájaro.
Subí hasta Manley
y los árboles, aquellos sauces negros,
lloraron.
Entendí la suerte del marino
y su muerte.
Crecían, por aquellos días, nueces verdes
sobre el Monte Korzenowski.
Quise hallar a Mandela, un viejo amigo,
enterrado entre ruinas
y frescos graciosos.

Supe quién reía en la habitación
y dónde nacían las paredes rojas.
Emprendí tu búsqueda
y recordé el adagio de Sir Thomas Browne:
«Ningún hombre nace sin tierra.
Muere en ella.
Jamás fenece en una isla».

1965

Eden Bower

Entiendo los ruidos de la habitación.
Escuché la voz del soldado Williams.
El disparo halló ecos en las sombras.
«Durante 1965 Gerard Manley Hopkins
observaba las amenazas en batalla».
Quizá la joven de la casa de cercas negras
oyese la voz de Hopkins.
El infierno ardía y Gerard gritaba:
«Restan dos años para el entierro de Amanda»
Hallé las balas en tu cuerpo.
Recordabas aquellos días,
cuando las flores grises reían en un campo
sin color.
Hallé en la ruta de las rosas un canto:
«Espero amarte y hallar el epitafio de
Samuel Anderson Coleridge en
Londres»
Las aves negras seguirán creciendo en el
verano.

1963

André Lafón

«En Abril de aquel año
las hojas parecían caer más aprisa.
Las bambalinas, André,
interrumpían el paso de los actores hacia
Welund.
El poeta anglosajón del siglo XI
no conocía las leyendas de Mister Micawer.
Esperaba que vinieras en septiembre
cuando el verano ha dejado de existir.
Supe de tu muerte.
Wilkie Collins escribió una historia acerca
de ti.
Eres el hijo de los suburbios grises de
Saint-Beuve.
Recordaba aquellas horas de tu muerte.
Angeles verdes, según Maurice de Guérin,
llegaron hasta ti.
Brigitte Pian te recuerda.
En las calles del desierto, las palomas verdes,
han conocido Le Désert de l'Amour»

1963

ODAS

Henry James condujo tus miradas hacia
el mar.
Quizá el hombre que jamás observó las olas
supiese la íntima mirada de Andreas.
Londres, según creo, acababa de morir.
Algunos pensaban en Henry
y me parece
hallaban en «Odas del infierno»
la infinita presencia de las aves.
Me parecía que Chesterton mentía
y, sin embargo,
los reyes y aquellas torres de verano
crecían sobre el Tibre.
Recuerdo aquellas palabras
de Samuel Johnson:
«El frágil misterio de las balanzas me
aprisiona»
Entonces supe quién reía junto al río
y quién amaba a Margarita.
Hallé mis lágrimas sobre la daga del cisne.
Chesterton había muerto.
1965, comentaban, sería el año de las bodas
y de la muerte del poeta.

Annet, 1965

A Conrad Aiken

TICMOCTU

Te escribo desde Ticmoctú
Tranquilo

Te envío mis pensamientos
Y algunas cartas

Te presiento como una ola
Junto a un arrecife

Sé quién eres

Tus palmeras y las otras
Ya no son azules

Te escribo desde el verano
No sé si cantar
Cuando te escribo

París, 1965

AVE

El metal de la escalera se rompió
Hay lágrimas en tus ojos
Hueles a invierno
Y a ventisca
Hay nieve en tu cabello
No hay calles en la avenida
Chartres está muy lejos
Tú pareces ser la misma
Te bañas en el Dordogne
Aquella ave se ha ido

1967

MOBILE

El señor Kowalski lo haló
La puerta se abrió
El tren se detuvo
Miró hacia el piso de arriba
Y allí
Al descubierto
La joven de Nueva Orleans
La escalera de caracol
Eunice
Y una manzana helada
¿Quién se detuvo?
El Cementerio llegó a las tres
Los Campos Eliseos

H. M. 1966

Robert Wallace
escribió un episodio de tu vida
entre versos desatinados:
«La inmortalidad no es un don /
sino un triunfo que se gana»
El río Spoon dejó de llorar.
Marie Krossev huyó hacia la calle 15.
Jeremías Wellington no irá al Congreso.

Natchez, 1965

A James MacPherson

CZEREMCHA

La pequeña Sassha ha danzado sobre tu
    tumba.
Tus ojos han palidecido.
Jean Chavette te ha escondido
en la piedra roja de Prusków.

Varsovia ha muerto.
Las camisas,
Las banderas,
Duermen entre hebras de carmí y zanjas
    doradas.
La pequeña Sassha ya no duerme en las losas.
Ha llorado en la plaza de Prusków.
Ha llorado junto al abrigo de Karl,
Ha rezado en el templo
Gritando a la muerte.

Bajó hasta Czeremcha
Y observó la escalera de oro
Y un pequeño ruido en las velas.

1963

MUELLE

Me asombra tu extraña hermosura
Carson McCullers
Y tus reflejos en ojos dorados
Ya no andas en el muelle
Savannah perdió sus olas
James MacPherson
Aquel viejo amigo
Ha mirado el cisne de colores grises
Baton Rouge ha muerto

Te observé desde las olas
Caminabas sobre el fuego
Lanzabas las hojas del Yellowstone al agua

1963

NOTAS DE LA INTRODUCCION:

1. Nacido en el siglo VIII, Hesíodo «el campesino beocio» como lo ha llamado Segundo Serrano Poncela, llegó a ser uno de los más importantes poetas griegos.

2. En «Oda al Otoño», Keats canta: «¿Dónde están los cantos de la primavera? Sí / ¿dónde fueron? No piensas más en ellos; tú / tienes también tu propia música».

3. El poeta, bien podría decirse, es quien **hace** quien **traza** el surco en la tierra que es el papel en blanco —verso en latín significa **surco**—; quien siembra, quien labra la tierra. El poeta es incluso **el creador**—en griego «poeta» significa «hacedor», «constructor», «creador»—; el forjador de un mundo, de un edificio. No es tan sólo quien siembra, quien labra y quien después recoge un fruto. Este fruto, sin duda, es el poema. Y el poema ha nacido, precisamente, de este trabajo, de este obrar, de este andar del poeta en el mundo, del camino recorrido.

4. Sobre Friedrich Hörderlin ha escrito Anatolij Lunatscharskij: «Hörderlin, ein kolossal begabter, innerlich musikalischer Mensch, mit einem lyrismus, der sich leicht zur Metaphysik entewickelte, ein Mensch, der die Wirklichkeit als einen Akkord kosmischer Verschmelzung empfand, erfurh qualvoll die Zerrissenheit des ihn umringenden sozialen Lebens» («Hörderlin, un colosal discípulo, músico intrínseco, con un lirismo que con facilidad se desarrolla en lo metafísico, acoge la realidad como fusión de acorde cósmico y experimenta angustiado el desvanecimiento de su cercada vida social».

5. En el cuarto libro del **Paraíso Perdido (Paradise Lost)** de John Milton se lee: «Entre los dos pilares de la roca estaba sentado Gabriel, jefe de los guardianes angélicos; esperaba la noche: en torno suyo se ejercitaba en nobles juegos la juventud del cielo, desarmada; pero no lejos de ella, las armaduras divinas, las corazas, los escudos y las lanzas suspendidas en forma de haces, brillaban con los destellos del oro y del diamante».

6. El libro de los Salmos —la palabra salmo viene del latín **psalmus** (Diccionario de la Lengua Española, Real Academia Española, Madrid, 1956, pág. 1170)— agrupa no tan sólo estas canciones escritas en verso por David, sino también algunas otras que se atribuyen a Moisés (verbigracia el Salmo 90 o el Samo 91) y forma parte junto con el libro de Proverbios, el libro de Job, el Cantar de los Cantares y Eclesiastés de los libros poéticos de **La Biblia.**

7. «¡Ah Julieta! si la medida de tu ventura / se halla colmada, como la mía, y tienes mayor arte para expresarla, perfuma

con tu aliento el aire ambiente y deja que la melodiosa música de tu voz cante la soñada felicidad que cada uno experimentamos con motivo de este grato encuentro».
(Tomado de: Shakespeare, William. **The complete works of William Shakespeare.** Abbey Library. Murrays Salse Service Co. Cresta House / 146-152. Holloway Road, London Nº 7, Great Britain, Pag. 757).

8. «Quaeris quot mihi basiationes
tuae, Lesbia, sint satis superque.
quam magnus numerus libyssae arenae
lasarpiciferis iacet Cyrenis,
oraclum Iouis inter aestuosi
et Batti ueteris sacrum sepulcrum;
aut quam sidera multa, cum tacet nox,
furtiuos hominum uident amores;
tam te basia multa basiare
uesano satis ets super Catullost,
quae nec pernumerare curiosi
possint nec mala fascinare lingua».
(«Me preguntas Lesbia, cuántos besos
tuyos serían bastantes a saciarme.
Tantas como las inmensas arenas de Libia,
que se extienden por la laserpífera Cirene,
entre el oráculo del ardiente Júpiter
y el sacro sepulcro del viejo Bato.
Tantos como las estrellas, que cuando calla
la noche, ven los amores furtivos de los hombres.
Esos son los besos tuyos, Lesbia mía,
que podrían saciar al loco de Catulo,
tantos que los curiosos no pueden contarlos
ni echarles maldición con mala lengua»).

Tomado de **Catulo**. Ediciones Júcar, Madrid, España, 1979. (Traducción y selección de Luis Antonio Villena, 1977).

9. «Un rey coronado
montado en un caballo blanco,
con sus trompetas resonando
y sus pendones flameando
se abre paso por entre nubes de humo
y los gritos de sus miles le llenan el corazón de júbilo y victorias
y los gritos de sus miles le llenan el corazón de júbilo y victorias.
¡Victoria, victoria! Era Guillermo, Príncipe de Orange».
(Tomado de **Canciones de una Isla en la Luna** de William Blake, en: William Blake. **Poesía completa.** Ediciones Orbis, S.A. Barcelona, España, 1986).

10. «John Synge, Augusta Gregory y yo pensábamos
Que todo lo que hemos hecho, dicho o cantado,
Procede de nuestro contacto con el suelo».
(Tomado de: MacNeice, Louis: **La poesía de W.B. Yeats.** F.C.E. México, 1979. Pág. 72).

11. Goethe, Johann W. **Obras Completas.** Tomo III. Aguilar, Madrid. 1973. (**Fausto**, Prólogo). Pág. 1297.

12. Goethe pensaba que el poeta sólo podía laborar en soledad absoluta. Muchas veces lo expresó, sobre todo en esta carta a Schiller del 9 de diciembre de 1797.

13. Sobre William Blake ha escrito Harold Bloom: «De los cuatro estados del ser que enumera Blake (Inocencia, o Beulah; Experiencia o Procreación; Inocencia organizada, más elevada, o Edén; y el Infierno de la autoabsorción racional o Ulro), es el más bajo, el de la inocencia no organizada, o Beulah, sobre el que tiene más que decir. Porque Beulah es el estado más ambigüo. Su inocencia, ser creatividad se liga a la destructividad, su belleza ulterior. Los poemas de Blake sobre Beulah son **Canciones de Inocencia, La vitrina de cristal, El libro de Thel, Visiones de las hijas de Albión** y las partes dominantes del breve poema épico Milton».

14. «Una revelación de las visiones de Jehová». Tomado de: Blake, William. **The complete writings of William Blake.** Edited by Goeffrey Keynes. London. Oxford University Press. 1966. Pág. 770.

15. Lo he traducido así: «El tiempo presente y el pasado / Están acaso presentes en el futuro / Y el tiempo futuro contenido en el pasado. / Si todo tiempo es eternamente presente, / todo tiempo es irredimible».

16. La fiesta de Pentecostés o Fiesta de las Semanas, que se celebraba cincuenta días después de la Fiesta de la Pascua, duraba un día y señalaba la terminación de la cosecha del trigo; ese día se hacían dos panes con harina de grano recién recogido y se los ofrecían a Dios (Dt. 16:9-12). Esta fiesta se celebraba con santa convocación cincuenta días después de la Pascua (Levítico 23:15-21). Se ofrecían dos panes sin levadura, como primicias por el sacerdote. También se ofrecían en este día siete corderos, un becerro y dos carneros con sus libaciones en ofrenda encendida. Además se ofrecían un macho cabrío y dos carneros en ofrenda de paz.

17. Rimbaud, Arthur. **Obra completa en verso y prosa.** Ediciones 29. Barcelona, Espapña. 1979. Pág. 78.

Impresión: Industria Gráfica Integral c.a.
Maracay Estado Aragua
Telf.: (043) 41.60.86